Olivia Ardey

Los hombres de Texas no hablan de amor

esencia

Los hombres de Texas no hablan de amor

Olivia Ardey

Esencia/Planeta

© Olivia Ardey, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Aimee Junnila – Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: enero de 2019
ISBN: 978-84-08-19976-2
Depósito legal: B. 29.488-2018
Composición: Planeta Realización
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Nueva York, junio de 1994

Habían empezado las vacaciones. Ya no tenía que ir al jardín de infancia y en septiembre comenzaría en el colegio de verdad. Samantha estaba contenta porque ese día acompañaba a mami a su trabajo, como algunos sábados, cuando para los niños era fiesta y para los mayores no. Viajar en el autobús era como ir de excursión.

Desde casa hasta el trabajo de mamá había muchas paradas, y las contaban juntas hasta que Samantha perdía la cuenta cuando pasaban cerca del aeropuerto de La Guardia y se distraía contemplando los aviones que despegaban y bajaban del cielo cargados de pasajeros. Ellas vivían en Jackson Heights, y la casa tan grande y bonita donde ella trabajaba estaba en Malba, que, aunque también pertenecía a Queens, quedaba lejos porque éste era un barrio muy grande. Mamá le había estado contando durante el trayecto que, cuando se acercara el momento de volver a clase, irían a probarle el uniforme nuevo. Le compraría lápices de colores nuevos, sin las puntas gastadas, un estuche y una mochila nueva para los libros. Después de bajar en la última parada de Parsons Boulevard, siempre continuaban dando un paseo. A Samantha le gustaban mucho aquellas viviendas con jardín que parecían castillos. Su madre le

había explicado que no les hacían falta vallas de hierro puntiagudas ni tapias con setos porque en Malba no entraban los ladrones, las malas personas no se atrevían a dejarse caer por allí.

Samantha sabía que iba al trabajo con mami porque sólo estaban ellas dos, no tenía un papá con quien dejarla los días que el colegio estaba cerrado. Y en casa de las vecinas se aburría. La que vivía en el tercer piso la sentaba a su lado en un sofá que olía a pis de gato para que se entretuviese viendo la televisión. Y la vecina del cuarto se pasaba el rato fumando asomada a la ventana como si ella fuera invisible.

Prefería acompañar a mamá a Malba, donde había tantos jardines con flores de todos los colores. La cocina de la señora McCoy era tan grande como el apartamento donde vivían ellas dos. Mamá planchaba la ropa tan bien que muchas personas querían que planchara la suya, por eso iba dos veces a la semana a casa de los McCoy. La señora McCoy siempre le daba las gracias porque su marido llevaba las camisas lisas y pulcras, como recién estrenadas. También trabajaba en otras casas, pero no eran tan bonitas como aquélla. De todas, era la que más gustaba a Samantha. La doncella era simpática, pero Bertha aún lo era más; ella era la cocinera de la casa y siempre le daba galletas de avena que horneaba con arándanos y chocolate blanco. Una vez dejó que la ayudara y ella disfrutó mucho golpeando la tableta de chocolate con un morterito de madera hasta que quedó en un montón de pedazos del tamaño de la uña del dedo meñique.

Esa mañana, mientras mamá se ocupaba de su tarea en el cuarto de la colada, Bertha la sentó a la mesa de la cocina y le pidió que se entretuviera dibujando porque acababa de llegar el pedido del supermercado y estaba muy ocupada guardando cada cosa en su sitio.

A Samantha le gustaba dibujar. Siempre que tenía que acompañar a mamá al trabajo acarreaba su mochila rosa de *La bella durmiente*, que no se llamaba Bella, sino Aurora. Bella era otra princesa, la del vestido amarillo tan bonito para bailar. Llevaba cuaderno y un estuche con colorines para no molestar mientras Bertha, la chica morena y mamá estaban ocupadas.

La chica morena limpiaba con un plumero las habitaciones de la casa, que estaban llenas de jarrones de cristal, cuadros, lámparas como racimos de uva que parecían diamantes y muchas cosas delicadas. Samantha había dibujado tres árboles y se esmeraba en colorearlos sin salirse de los bordes cuando entró ella con su plumero y la felicitó por lo bonitos que le habían salido. Entonces se oyó un golpe.

—¿Qué ha sido eso?

Samantha vio a la chica correr hacia el cuarto de la colada.

—¿Mami?

Estaba tumbada en el suelo, delante de la tabla de planchar. Se había desmayado. Samantha lo sabía porque en casa ya le pasó una vez y se despertó enseguida.

—¡Bertha! Llama a emergencias, ¡rápido!

La señora McCoy entró en la cocina al oír los gritos de la joven, también corrió al cuarto de la colada y se puso muy nerviosa.

—Bertha, llévate a la niña arriba y avisa a emergencias. Voy a ver si todavía está en casa el doctor Morgan, quiera Dios que aún no se haya marchado a su consulta.

Bertha la cogió en brazos y la subió por la escalera hasta el despacho del señor. El tic y tac de los tacones de la señora McCoy se oía desde allí. Samantha oyó a la cocinera hablar por teléfono muy alterada. Dijo que Jane había perdido el conocimiento. Cuando colgó el auricular, la cogió en brazos otra vez.

—Jane es mi mamá.

—Sí, bonita.

—Se ha quedado dormida. Va a venir un príncipe y le dará un besito para que se despierte.

—¡Ay, tesoro! —gimió Bertha, y la abrazó muy fuerte.

* * *

—Había pensado preparar lomo al horno y un rehogado de zanahorias y menta para acompañarlo —comentó Bertha.

Como cada mañana, la señora McCoy decidía junto a la cocinera el menú del día.

—¿Te importaría hornear, de paso, un pan de maíz? Ya sabes cuánto le gusta a Anthony.

—Desde luego. Y, para la cena, una ensalada de langostinos.

Aunque no era lo corriente, se tuteaban porque Bertha Callum ya cocinaba para ella cuando aún se llamaba Krystle Bishop. Durante años había trabajado para los Bishop, una de las familias consideradas la élite de la élite, ya que descendían de uno de los cinco propietarios del terreno en el que en los años veinte construyeron aquel pequeño paraíso, oasis de paz y elegancia en pleno Nueva York. Y lo bautizaron con la unión de las iniciales de sus cinco apellidos. Los Bishop eran la «B» del selectísimo y exclusivo barrio de MALBA. Cuando la mayor de las hijas se casó con Anthony McCoy, heredero de la compañía editorial McCoy & Son, y el novio compró una casa en la calle de al lado, Bertha Callum se mudó con el joven matrimonio.

—Me parece perfecto el menú —dijo Krystle McCoy—. Bertha, ¿sabemos algo de la niña de Jane? No dejo de pensar en ella.

Había transcurrido una semana desde el fallecimiento de la

asistenta. Todo el barrio seguía conmocionado ante la muerte súbita de una mujer tan joven. En aquella casa, mucho más, por motivos obvios.

—Es una pena. Quién iba a imaginar que padecía del corazón. Yo creo que ni ella misma lo sabía.

—No se me va de la cabeza —suspiró con pesar—. Tan valiente, sacando adelante a su hijita. Y la ha dejado sola en el mundo.

Bertha Callum fue quien había insistido en que contratara a Jane Larson, pues sentía una secreta simpatía hacia ella, dada su condición de madre soltera. Krystle McCoy se felicitó de haberlo hecho, porque demostró ser una trabajadora ejemplar. Y ahora la pequeña Samantha Larson se veía sola en el mundo con cinco años.

—No está sola. Un hermano de Jane se ha hecho cargo de ella, creo que es el único que tenía. Nunca me habló de más parientes, me parece que los padres murieron y sólo quedaban ellos dos.

—Al menos la niña tiene a alguien que cuide de ella.

—No es un gran consuelo —refunfuñó la cocinera.

—¿Por qué razón?

—Sólo se acercaba a Jane para pedirle dinero. Una vez tuve que echarlo de aquí porque se presentó en la puerta de la cocina preguntando por su hermana. Iba completamente bebido.

—¿Sabes si está casado?

Krystle pensaba que, de ser así, su mujer se ocuparía de criar a la pequeña.

—¿Quién querría casarse con un vago como ése?

—Me preocupa que las asistentas sociales hayan dejado a la niña a cargo de un hombre que, por lo que dices, no es capaz ni de cuidar de sí mismo.

—Paddy Larson es su tío.

—Sí, lo comprendo —admitió con desazón.

La cara de circunstancias de Bertha tampoco era tranquilizadora.

* * *

La casa de tío Paddy era fea y oscura.

Él le había explicado que no entraba mucha luz porque el apartamento se llamaba *sótano* y por eso tenían que bajar la escalera en lugar de subirla hasta llegar a la puerta. A Samantha no le gustaban los muebles viejos y gastados. Tampoco le gustaba no poder asomarse a las ventanas porque estaban muy altas, cerca del techo. Pero tío Paddy dijo que no podían vivir los dos en su casa de siempre porque en Jackson Heights los alquileres eran más caros que en aquella parte de Queens.

Tío Paddy siempre estaba alegre. Parecía entusiasmado con la idea de vivir allí. Samantha ya sabía que mamá se había marchado al cielo. Al principio creyó que tardaba demasiado en volver a por ella, luego le contaron que no iba a regresar, y ella se ponía muy triste al recordar que se había ido sin decirle adiós. Cuando se le pasaba la penita, pensaba que todos se equivocaban y mami volvería en el momento menos pensado. ¿Cómo iba a marcharse sin ella?

Samantha había dejado su ropa en el cuartito que tío Paddy le había preparado. Le gustaba su nueva cama pegada a la pared, debajo del hueco de la escalera. Parecía una casita de muñecas. Habían colgado con chinchetas algunos dibujos que tapaban las manchas del empapelado y ahora su dormitorio se veía más bonito que el día anterior, cuando entró allí por primera vez. Habían ido a tomar una hamburguesa y el juguete

del menú era un oso que se movía al darle cuerda. Como tío Paddy se quedó dormido en el sillón en cuanto regresaron de la hamburguesería, ella se entretuvo un rato haciendo caminar al oso sobre la mesa del comedor hasta que él se despertó y se frotó los ojos como los niños pequeños, haciéndola reír con su pelo revuelto.

—¿Te gusta tu nueva casa, Samantha?

Ella encogió los hombros. No se atrevía a decirle la verdad, que era oscura y daba miedo cuando se hacía de noche, como el tren de la bruja de la feria adonde algún domingo la llevaba mamá.

—¿Te gusta la música?

—Sí.

Samantha sonrió en cuanto su tío sacó una armónica de un cajón y se puso a tocar una canción muy alegre. Cuando la acabó, ella aplaudió y él saludó como hacen los artistas.

—Gracias, muchas gracias, querido público —dijo con voz de payaso, y ella se moría de risa. Tío Paddy era muy gracioso—. ¿Y sabes bailar?

Ella le dijo que sí y él tocó para que bailara. Samantha lo hizo muy bien; en el jardín de infancia había ensayado mucho para la actuación en la que participó junto con los otros niños con ocasión de la fiesta de fin de curso. Le gustaba danzar dando vueltas, había aprendido imitando a las princesas de las películas de dibujos animados.

—Qué bien lo haces, pequeña —afirmó él dando palmas como loco—. Estás hecha toda una bailarina. Mañana tú y yo nos convertiremos en dos artistas de los mejores.

—¿De verdad?

—Sí, Samantha. Te llevaré conmigo y lo pasaremos muy bien.

—¿Adónde iremos?

—Será divertido. ¡Iremos a pedir limosna!

* * *

Un único domingo le duró a Samantha su nueva vida de artista.

Y eso que tío Paddy tocaba muy bien la armónica y ella se esmeró en girar con la misma gracia que las muñequitas de las cajas de música. Después de desayunar en el deli de la esquina, habían ido caminando de la mano hasta un jardincillo en la zona donde vivían los griegos, según le dijo él. Al principio no pasaba mucha gente, pero pronto se animó la calle con los que iban de camino a la iglesia ortodoxa para asistir al servicio dominical. La lata de arenques, que en un primer momento sólo mostraba su fondo reluciente, pronto empezó a llenarse de centavos de todos los tamaños y de billetes de un dólar. Muchos aplaudían y Samantha daba las gracias doblando un poco la rodilla y ensanchando la falda del vestido con las manos. Cuando lo hacía, todavía aplaudían más y decían que era una ricura.

A media mañana, cuando saludaba al acabar otra canción, una señora se agachó y le acarició el pelo.

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Samantha Larson.

—¿Y cuántos añitos tienes?

—Cinco.

—Eres una niña muy linda. Tu papá debe de estar orgulloso de ti.

Samantha no entendía por qué decía cosas bonitas y al mismo tiempo miraba tan enfadada a tío Paddy, que en ese mo-

mento daba las gracias a un señor que acababa de dejar en el bote dos dólares.

—No tengo papá. Es mi tío Paddy —le explicó.

—¿Y tu mamá?

—Se fue al cielo.

La señora la peinó con la mano y le sonrió antes de continuar hacia la iglesia. Samantha vio que se acercaba al oído de su marido para contarle algo. Caminaban cogidos del brazo pero hablaban muy serios, como si discutieran. La armónica comenzó de nuevo a sonar y ella bailó porque tío Paddy tenía razón: aquel juego era muy divertido.

Después llegaron dos policías que le preguntaron las mismas cosas que la señora que la había llamado «niña linda». Uno de ellos pidió a tío Paddy que se metiera en el asiento de atrás del coche patrulla. El otro la cogió de la mano y la acompañó hasta la iglesia de los griegos. Allí le dieron leche con galletas y esperó hasta que una señora con una voz muy dulce la llevó en un taxi hasta un hogar donde vivían los niños que no tenían una mamá que los cuidara, los vistiera con ropa limpia, los peinara, les contara cuentos y les preparara la comida.

* * *

—¿Cómo te has enterado? —inquirió Krystle McCoy.

—La propia asistenta social me llamó por teléfono —respondió Bertha—. Quería saber si yo sabía cómo contactar con algún otro familiar de Jane.

—Toda la culpa es de ellos. No entiendo cómo puede funcionar tan mal el sistema en ocasiones. No critico su trabajo, pero esta vez se equivocaron entregando a la niña a ese pobre hombre, que, más que vivir, malvive.

—Por lo visto, él se brindó a acogerla. Y, a fin de cuentas, es el único hermano de Jane.

—No dudo de sus buenas intenciones, seguro que tiene un corazón de oro —argumentó preocupada—. Pero, Bertha, cualquiera comprende que un hombre que bebe tanto y no tiene oficio conocido no es la persona indicada para ocuparse de una niña. ¿Y sabes adónde la han llevado?

—A un hogar tutelado, eso me dijo.

—Si eres tan amable, dame el teléfono de esa asistenta social. ¿Aún guardas su tarjeta?

—La tengo en el monedero.

—Voy a hablar con ella —decidió, levantándose con decisión—. Bertha, no se me quita de la cabeza todo lo que sucedió. La pobre Jane en el suelo... Murió sin darse cuenta de lo que le pasaba. Qué injusta es la vida a veces. Ve a buscar esa tarjeta, ¿quieres?

Bertha lo hizo e, instantes más tarde, Krystle McCoy mantenía una larga conversación con los servicios sociales del distrito de Queens. Inmediatamente después, llamó al número directo de su marido en el edificio de la editorial McCoy & Son, en Manhattan.

Bertha la oyó murmurar mientras marcaba. El chófer había llevado al señor hasta Manhattan esa mañana y ya había regresado. Krystle decía en voz alta que debía de estar en su apartamento sobre el garaje, ya que ese día ella no tenía previsto salir y tampoco había que arreglar el jardín, cosa que el hombre hacía como entretenimiento cuando nadie en la casa requería sus servicios.

—Sí, cariño, y me alegro de que estés de acuerdo. Jane era un ángel de mujer —comentó después de una larga explicación—. Escúchame, Anthony, yo ya voy para allá. ¿Has tomado

nota? 123 de Astoria Boulevard. Nos vemos allí. Pide a alguien que te lleve o toma un taxi. No, espera un momento... Imagino que Allan está por ahí contigo, que te traiga él. Pídele ese favor —decidió, y permaneció a la escucha de la respuesta de su marido—. Porque es abogado, Anthony. Me sentiré más tranquila si él nos acompaña.

Bertha tenía confianza suficiente para permanecer allí plantada, escuchando la conversación. A ella también le preocupaba qué iba a ser de la hijita de Jane.

—¿Qué opinas, Bertha? —le preguntó Krystle, no a la cocinera, sino a la mujer que la había visto crecer.

—No sé qué decir.

—Es lo menos que puedo hacer. Bertha, admiro profundamente a las mujeres que optan por la maternidad en solitario. Se necesitan muchas agallas para criar a un hijo sola —argumentó con énfasis—. Hay otras que no tienen tanto valor y los rechazan o los dejan al cuidado de otras personas. Yo no quiero que la hija de Jane sea un número más en los listados oficiales de niños en situación de abandono. No permitiré que se sienta fruto de la soledad.

Se lo contaba emocionada, con el recuerdo en la mente de un hombre extraordinario que, cuando tenía veinte años, lo fue todo para ella. Alguien que ya no estaba entre los vivos y, entre besos y paseos de enamorados, le confesó esa pena íntima de saberse un niño abandonado que lo había acompañado durante su corto paso por la Tierra, pese a sentirse privilegiado por la maravillosa familia que lo adoptó.

Krystle se sorprendió de ver lágrimas en los ojos de Bertha, nunca la había visto sucumbir a las emociones de tal modo.

—No llores, Bertha. Fuera tristezas, que ahora mismo nece-

sito energía por toneladas. Hazme el favor, pide a Alex que prepare el coche. Mientras tanto, subo a por mi bolso.

—No será tan fácil.

—¡Que vengan aquí y juzguen si ésta es una casa confortable para un niño! Después de dejarla en manos de un pobre hombre que no tuvo otra ocurrencia que llevarla a mendigar, espero que no se atrevan a cuestionarnos a Anthony y a mí.

—Hay familias de acogida seleccionadas, y luego el juez de menores, informes...

—Que se informen bien, eso es lo que deberían haber hecho antes de enviarla a vivir con su tío.

—Las autoridades deciden despacio para asegurarse del bienestar de los niños.

Krystle ya subía los escalones a toda prisa.

—¿Despacio? Eso ya lo veremos. La hija de Jane va a venirse a esta casa con nosotros, si puede ser hoy, mejor que mañana. Y, sí, he oído hablar de los exámenes de idoneidad, entrevistas y toda esa mandanga —dijo, volviéndose desde la escalera—. Haremos todos los test que los servicios sociales quieran, pero no van a negarse a que acojamos a la niña porque yo no lo voy a permitir.

Bertha se sintió aliviada. La conocía desde bien pequeña y no era de las que se arrugaban ante cualquiera. Provenía de una familia importante. Sabía que usaría todas sus influencias y no iba a sonrojarse por ello. Nacer rica volvía tontas a muchas e imprimía carácter a unas pocas. Su señora pertenecía al segundo grupo.

* * *

Las influencias ayudaron, aunque no consiguieron avivar la lentitud de la burocracia. Dos semanas tardaron en obtener el permiso oficial para sacar a Samantha del hogar de acogida.

El día que entró en el hogar de los McCoy para quedarse, a la espera de resolver algunos trámites de los que se ocupaba un abogado especializado al que habían contratado, Anthony y Krystle se sentaron con ella, uno a cada lado, a los pies de la impresionante escalera de mármol en forma de concha que subía del vestíbulo al piso principal. Desde allí, a la pequeña se le ofrecía una vista completa de la que iba a ser su nueva morada.

Llevaba ropa nueva que le habían proporcionado en aquel hogar infantil en el que había pasado las dos últimas semanas. Krystle le preguntó sobre su estancia y Samantha les contó que no le gustaba aquel sitio, donde algunos niños lloraban por las noches y la obligaban a comer crema de champiñones y palitos de queso rebozados que olían a culo.

—Anthony, no te rías.

—¿Qué quieres? Me ha entrado la risa tonta —alegó.

Para recobrar la seriedad, explicó a la niña que él y su esposa se dedicaban a hacer libros para que mucha gente pudiera leerlos.

—¿A ti te gustan los libros?

—Los que llevan dibujos.

—Eso está muy bien. Y tú, ¿ya sabes qué quieres ser de mayor?

—Princesa.

Krystle y Anthony se miraron brevemente, disimulando sendas sonrisas. Ella acarició el pelo rubio de Samantha, tan distinto del suyo, que era negro tizón sin necesidad de tinte de peluquería.

—Qué bonita profesión has escogido. Y, dime una cosa, ¿te gustaría ser la princesa de este pequeño castillo?

Samantha abrió mucho los ojos y observó la enorme lámpara de lágrimas facetadas de cristal que destellaba la luz que se

reflejaba en ella, las cortinas de gasa que permitían la vista del jardín, la arcada de madera que comunicaba con el salón. Miró a Anthony y luego a ella con una carita de ilusión que les rompió el alma.

—¡Sí! Es el palacio más bonito que existe.

—Te hemos preparado una habitación, para que te quedes para siempre con nosotros. Ahora seremos los tres una familia, tu nueva familia —recalcó Krystle—. ¿Quieres verla?

Todavía los miraba con el respeto y los buenos modales que su madre le había inculcado cuando la llevaba consigo a trabajar. Krystle quería que cambiara de actitud y dejara de obedecer esas consignas que la difunta Jane debía de haberle repetido cientos de veces para que no molestara, no alborotara y se comportara como una niña buena. Fue Anthony quien consiguió vencer su rigidez.

—Venga, sube sobre mis hombros. Toda princesa necesita un caballo trotón que la lleve.

Samantha rio divertida, y su nueva actitud los confortó a los dos.

—Los caballos no saben subir escaleras.

Con Samantha a hombros de Anthony, fueron los tres al piso de arriba. La chiquilla gritó de emoción al ver su nuevo dormitorio. Las dos semanas de demora habían tenido su utilidad, porque Krystle había contratado a un decorador que había hecho un trabajo magnífico. A su femenino parecer, porque a Anthony todavía le dolía la vista ante tal explosión de tonos rosa. La muñeca Barbie se habría encontrado en su salsa en aquel cuarto.

Samantha se sentó en la cama, cubierta con una colcha color chicle con cuatro volantes que cubrían las patas.

—¿Te gusta?

—Es rebonito.

Anthony arqueó las cejas, preguntándose dónde habría oído ese adjetivo más propio de una abuela con dentadura postiza que de una pequeñaja como ella.

—Entonces ¿quieres quedarte a vivir con nosotros para siempre? —tanteó Krystle.

—¿Ahora sois mi papá y mi mamá?

Ella se sentó a su lado.

—Sí, pero hemos pensado que seguirás llevando tu apellido. Tu mamá está en el cielo y no queremos que te olvides de ella.

Samantha asintió con la cabeza; para entonces ya le habían explicado tantas veces que su madre se había convertido en un ángel que ya había comprendido que del cielo no iba a regresar.

—Así, cuando digas tu nombre, Samantha Larson, te acordarás de ella. Porque tu mamá te dio la vida y ése es el mejor regalo que existe.

En ese punto, Krystle había insistido tanto que Anthony había estado de acuerdo en homenajear con aquel detalle la memoria de la madre de Samantha.

—Os dejo, bellas damas, cuidad del castillo —se despidió—. Tengo que regresar a la editorial. Nos veremos esta tarde.

Se agachó y ofreció la mejilla a Samantha, que le dio su primer beso, y él besó en los labios a su esposa.

Una vez solas, Krystle recordó otra cosa en la que había estado pensando. La doncella anterior se había despedido, había estado trabajando en la casa hasta ahorrar lo suficiente para pagarse los estudios de estética. Ya se había matriculado en una academia y su puesto lo ocupaba su hermana, encantadora como ella, aunque a Krystle le suponía un problema: se llamaba Samantha. Así pues, ideó una manera de evitar continuas confusiones ahora que la niña era parte de la familia.

—Samantha, he pensado una cosa. ¿Qué te parece si te llamamos Sam? A mí me gusta mucho y es más corto.

—Pero Sam es nombre de chico.

—Mmm... De chico y de chica. A ver si lo adivinas: ¿qué princesa tiene el pelo largo y pelirrojo y vive en el fondo del mar?

—¿La Sirenita?

—¡Muy bien! Y ahora una pregunta más difícil. ¿Cómo se llama?

—¡Ariel!

—Que es un nombre que sirve para niño y para niña. Y ella es toda una princesa.

—Me gusta Sam —aceptó, repitiéndolo varias veces en voz alta—. Es bonito.

—A mí también me parece que suena muy chic.

Al día siguiente, Krystle llevó a la pequeña a una tienda de artesanía en Times Square, donde vendían objetos decorativos navideños, y encargó que confeccionaran un cartel que Samantha eligió de entre los muchos que le mostraron. Y, aprovechando que estaban en el centro, fueron a recoger a Anthony a la editorial y almorzaron los tres juntos, como una familia.

Más de quince años después, aquel letrero pintado a mano con las letras talladas todavía decoraba la puerta del dormitorio: SAM, y, sobre ellas, una coronita dorada.